

ha el obispo del Cuzco, el cual, según recordará el lector, se había hallado también en la derrota de Huariña. Su hermano había sido hecho prisionero por Carbajal en la fuga, y ahorcado inmediatamente por este cruel jefe, que, como hemos visto, no respetaba á nadie. El obispo le reconvinó por la muerte de su hermano, é irritado con sus frías respuestas, tuvo la poca generosidad de darle un bofetón. Carbajal no hizo la menor tentativa de resistencia; ni contestó una palabra á las preguntas que en seguida le dirigió Gasca, sino que mirando con altivez á su alrededor se mantuvo en desdenoso silencio. El presidente, viendo que nada podía sacar de él, mandó que le tuviesen, con Acosta y otros caballeros que se habían rendido, en estrecha prision hasta que se decidiera de su suerte (1).

Inmediatamente despues envió Gasca un oficial al Cuzco para evitar que sus partidarios cometiesen excesos á consecuencia de la última victoria, si victoria podía llamarse aquella en que no se había dado un solo golpe. Todos los efectos que pertenecían á los vencidos, tiendas, armas, municiones y pertrechos militares cayó en poder de los vencedores. El campo de Pizarro estaba bien provisto, y fue de oportuno auxilio al ejército realista, que había consumido ya casi todas sus provisiones. Se encontró además considerable botín en plata y en dinero, porque la mayor parte de los soldados de Pizarro (cosa muy común en aquellos tiempos de revueltas) llevaban á la guerra todas sus riquezas, no creyéndolas seguras en ninguna parte. Cuéntase una anécdota de un soldado de Gasca, que viendo una mula corriendo por el campo cargada con un gran fardo, la cogió y subió sobre ella despues de haber arrojado la carga, suponiendo que fuese alguna armadura ó cosa de poco valor. Otro soldado mas discreto recogió el fardo, y halló que contenía muchos miles de ducados de oro. ¡Suerte de la Guerra I. (2)

Así terminó la batalla, ó mas bien derrota de Xaquixaguana. El número de muertos y heridos, porque algunos sucumbieron en la persecucion, no fue grande. Según la mayor parte de los autores, no pasó de quince soldados rebeldes muertos, y un solo realista, y este, por descuido de su compañero (3). Nunca hubo victoria mas barata, ni terminó una tan sangrienta y cruel rebelion á precio de menos sangre. Ganóse la batalla no tanto por la fuerza de los vencedores cuanto por la debilidad de los vencidos, los cuales se dispersaron por sí mismos no creyéndose bastante seguros para resistir. El brazo á que la justicia de la causa no daba fortaleza, fue impotente en el momento del combate: mas satisfactorio es que

(1) *Ibid.*, ubi supra.

Debo advertirse que Garcilasso, que conocia personalmente al obispo de Cuzco, duda que cometiese al acto indecoroso que le imputa Fernandez, y dice que por su carácter era incapaz de tal cosa. Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XXXIX.

(2) Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

(3) «Temióse que en esta batalla moriria mucha gente de ambas partes por haver en ellas mill y cuatrocientos arcabuceros, i seiscientos de caballo i mucho número de piqueros i diez i ocho piezas de artilleria; pero plugo á Dios que solo murió un hombre del campo de S. M. i quince de los contrarios como está dicho.» Relacion del Lic. Gasca, MS.

Muñoz supone que el manuscrito á que se acaba de hacer referencia fue escrito, ó mas bien dictado por Gasca á su secretario. El original se conserva en Simancas, sin fecha y en letra del siglo XVI. Se reduce principalmente á referir la batalla y los sucesos que con ella tuvieron inmediata conexión, y aunque muy en breve, cada aserto suyo es precioso por venir de tan alto origen. Alcedo, en su *Biblioteca Americana*, MS., inserta el título de una obra que atribuye á la pluma de Gasca y que parece ser una relacion de los sucesos de su administracion. El título es *Historia del Perú y su pacificación*, 1576, en folio. No he podido dar con esta obra ni en ninguna otra parte he visto la menor alusion en ella.

fuese vencido por la fuerza moral, que por la brutal de las armas. Semejante victoria estaba mas en armonía con el benévolo carácter del vencedor y con su causa. Fue el triunfo del orden y el mejor homenaje á la ley y á la justicia.

#### CAPITULO IV.

Ejecucion de Carbajal.—Gonzalo Pizarro es decapitado. —Despojos de la victoria.—Sabias reformas de Gasca. —Vuelve á España.—Su muerte y su carácter.

1548—1550.

ERA necesario decidir de la suerte de los prisioneros; y en consecuencia Alonso de Alvarado y el licenciado Cianca, uno de los nuevos individuos de la audiencia, fueron nombrados para instruir el proceso. La comision no exigia largo tiempo: el crimen de los presos era demasiado manifiesto, pues se les había cogido con las armas en la mano. Fueron, pues, sentenciados todos á muerte con confiscacion de bienes en provecho de la corona. Gonzalo Pizarro debía ser decapitado y Carbajal arrastrado y descuartizado. No hubo misericordia para quien no la había tenido de los demas. Hablóse de diferir la ejecucion hasta la llegada de las tropas que estaban en el Cuzco; pero el temor de los disturbios que pudieran excitar los amigos de Pizarro determinó al presidente á llevar á efecto la sentencia al siguiente dia y en el campo de batalla (4).

Cuando se le hizo saber su suerte á Carbajal, escuchó la notificacion con su habitual indiferencia. «No pueden hacer mas que matarme,» dijo como si ya se hubiese conformado con su destino (5). Durante el dia muchos le visitaron, algunos por echarle en cara sus crueldades y los mas por la curiosidad de ver al cruel guerrero que había hecho su nombre tan terrible en todo el país. Carbajal se prestó voluntariamente á hablar con ellos, aunque lo hacia con aquellas salidas mordaces con que acostumbraba á entretenerse á expensas de sus interlocutores. Entre los que le visitaron había un caballero de poca nota á quien parece que había perdonado la vida en otro tiempo. Este le manifestó su ardiente deseo de servirle; y como continuase importunándole con sus protestas, Carbajal le interrumpió diciendo: «¿Y qué servicio podeis hacerme? ¿darme la libertad? Si no podeis hacer esto, no podeis servirme en nada. Si como decis os perdené la vida, fue probablemente porque no creí que merecia la pena de quitárosela.»

Algunas personas piadosas le instaron para que vieso á un eclesiástico, aunque no fuera mas que por descargar su conciencia antes de dejar el mundo. «¿Y para qué? dijo Carbajal: no tengo nada de que acusarme como no sea de una deuda con una bodegonera de Sevilla, á quien me olvidé de pagar medio real al salir de España (6).»

Fue llevado al suplicio en un seron, ó mas bien en un cesto, arrastrado por dos mulas. Atáronle los brazos y como le empujaban para que entrara en aquel miserable vehículo donde apenas cabia, dijo: «Niño en cuna y viejo en cuna (7).» No obstante la repugnancia que había mostrado á confesarse, le acompañaron muchos eclesiásticos, y uno de ellos le instó repetidas veces para que diera alguna muestra de

(4) El ejemplar manuscrito de la Historia de Zárate inserta íntegra la sentencia de Gonzalo Pizarro, la cual el autor omitió en la impresion; pero el lector curioso la encontrará original en el *Apéndice*, núm. XIV.

(5) «Basta matar.» Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.

(6) «En esso no tengo que confesar: porque juro á tal que no tengo otro cargo sino medio real que deuó en Sevilla á una bodegonera de la puerta del Arenal, del tiempo que passé á Indias.» *Ibid.*, ubi supra.

(7) *Ibid.*, ubi supra.

arrepentimiento en aquella hora solemne, aunque no fuera mas que repitiendo *Pater Noster* y *Ave Maria*. Carbajal, para librarse de sus importunidades, repitió friamente las palabras *Pater Noster* y *Ave Maria*. Despues guardó un obstinado silencio y murió como había vivido, con su sonrisa burlona y sarcástica en los lábios (1).

Francisco de Carbajal era uno de los caracteres mas extraordinarios de aquellos tenebrosos y revueltos tiempos; el mas extraordinario por sus años, pues cuando murió tenia ochenta y cuatro; edad en que las facultades del cuerpo, y afortunadamente tambien las pasiones están por lo general amortiguadas; edad en que, según las ingeniosas palabras de un moralista frances, «nos lisonjamos de que vamos dejando nuestros vicios, cuando por el contrario son nuestros vicios los que nos dejan (2).» Pero la llama de la juventud ardía aun voraz é inextinguible en el pecho de Carbajal.

La fecha de su nacimiento nos remonta hasta mediados del siglo xv, antes de los tiempos de Fernando é Isabel. Era de oscura familia, y nació según se dice en Arévalo. Por espacio de cuarenta años sirvió en las guerras de Italia á las órdenes de los mas ilustres capitanes de la época, Gonzalo de Córdova, Navarro y los Colonas. Era alférez en la batalla de Ravenna; se halló en la captura de Francisco I, en Pavia, y siguió la bandera del malhadado Borbon en el saco de Roma. En esta ocasion no pudo alcanzar mas botín que los papeles de una escribanía que guardó pensando que podría ingeniar para que le valieran dinero. Así fue en efecto, pues el escribano tuvo que rescatarlos á un precio que habilitó al aventurero para cruzar los mares hasta Méjico y buscar fortuna en el Nuevo Mundo. Cuando la insurreccion de los peruanos fue enviado en auxilio de Francisco Pizarro, el cual le remuneró concediéndole algunas tierras en el Cuzco. Allí permaneció algunos años empleado en aumentar sus rentas, pues la codicia era una de sus pasiones dominantes. A la llegada de Vaca de Castro le encontramos prestando buenos servicios bajo la bandera de la autoridad real; y al estallar la gran rebelion de Gonzalo Pizarro redujo todos sus bienes á dinero y se preparó para volver á Castilla. Parecia que pronosticaba que su permanencia en el Perú le había de ser fatal. Pero aunque hizo todos los esfuerzos posibles para salir del país, fueron infructuosos, porque el virey había embargado los buques (3). Se quedó, pues, y como hemos visto, se alistó, aunque con repugnancia, en las banderas de Pizarro. Era su sino.

La vida tumultuosa en que entró entonces despertó todas las pasiones que dormían en su alma, tal vez sin él saberlo: la crueldad, la avaricia, la venganza. En la guerra con sus compatriotas halló ancho campo donde satisfacerlas, porque la guerra civil ya se sabe que es la mas sanguinaria y feroz de todas. Las atrocidades cometidas por Carbajal y el número de sus

(1) «Murió como gentil, á lo que dicen, que yo no le quise ver, que así le di la palabra de no velle; mas á la postre vez que habló llevándole á matar le decia el sacerdote que con él iba que se encomendase á Dios y dijese el *Pater Noster* y el *Ave Maria*, y dicen, que dijo, *Pater Noster*, *Ave Maria* y que no dijo otra palabra.» Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS.

(2) Si mal no me acuerdo, esta reflexion se encuentra en ese admirable digesto de la sabiduria humana titulado «*Los Caracéres*» de La Bruyère.

(3) Pedro Pizarro asegura que Carbajal hizo esfuerzos para dejar el país, en los cuales fue auxiliado, aunque ineficazmente, por el mismo cronista, que entonces se hallaba en amistosas relaciones con él. La guerra civil separó á estos antiguos compañeros; pero Carbajal no olvidó las obligaciones que debía á Pedro Pizarro, antes se las pagó, eximiéndole en dos diferentes ocasiones de la suerte general de los prisioneros que caian en sus manos.

víctimas son apenas increíbles. Por honor de la humanidad debemos pensar que los historiadores la han exagerado mucho; pero el haber dado lugar á tantas exageraciones es suficiente para deshonrar su nombre (4).

Dícese que tenia un diabólico placer en presenciar los padecimientos de sus víctimas, y en la hora de la ejecucion solía dirigirles horribles chistes que les hacian mas amargo el trance. Tenia vena, si así puede llamarse, y daba rienda suelta á su locuacidad en cualquiera ocasion. Los soldados conservaron muchas de sus agudezas; pero son en su mayor parte de un carácter mordaz y repulsivo, como procedentes de una imaginacion familiarizada con el lado débil y miserable de la humanidad y que de todos desconfiaba. Tenia dichos agudos para todo, así para la desgracia de los demas como para la suya. Miraba la vida como una comedia, aunque mas de una vez hizo de ella una tragedia.

Debe concedérsele una virtud, la fidelidad á su partido, y esta le hizo menos tolerante con la perfidia de los demas, porque nunca manifestó compasion á los renegados. Esta constante fidelidad, donde semejante virtud era tan rara, atrae á Carbajal cierto respeto (5).

Como militar ocupa Carbajal un lugar elevado entre los soldados del Nuevo Mundo. Era estricto y aun severo en mantener la disciplina; por eso sus compañeros no le amaban mucho. Puede dudarse que tuviera genio para las combinaciones militares en grande escala; mas para los ardides y combinaciones de guerrilla no tenia igual. Pronto, activo y perseverante, no conocia el peligro ni la fatiga, y despues de muchos dias pasados sobre la silla del caballo parecia no apreciar en nada la comodidad de la cama (6).

Conocia perfectamente todos los desfiladeros de la montaña, y eran tales la sagacidad y recursos que desplegaba en sus expediciones, que el vulgo creia que tenia algun diablo familiar (7). Con carácter tan extraordinario, con fuerzas que le duraron mucho mas de lo que comunmente duran en los hombres, y con pasiones tan vivas en quien se hallaba al borde del sepulcro, no es extraño que se hayan referido de él cosas fabulosas, y que su nombre inspire un secreto terror como el de una especie de ser sobrenatural, de demonio de los Andes.

Muy diferentes fueron las circunstancias que acompañaron los últimos momentos de Pizarro. A peticion

(4) De trescientos cuarenta ejecuciones, según Fernandez, trescientas fueron dispuestas por Carbajal. (Historia del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI.) Zárate hace subir el número de estas ejecuciones á quinientas. (Conq. del Perú, lib. VII, capítulo I.) Esta discrepancia muestra cuán poco se debe confiar en la exactitud de semejantes cálculos.

(5) La fidelidad es una de las muchas virtudes que le atribuye Garcilasso, el cual considera muchas de las anécdotas que acerca de la crueldad y avaricia del veterano circulaban, como invenciones de sus enemigos. El cronista Inca era un niño cuando Gonzalo y sus partidarios ocuparon el Cuzco; y agradeció el buen trato que de ellos recibió, debido sin duda á la posicion de su padre en el ejército rebelde, delineando sus retratos con los colores con que se presentaron á su joven imaginacion. Pero el mismo Garcilasso, ya viejo, ha citado varios casos de atrocidad personal en la carrera de Carbajal que no se avienen bien con las aserciones que hace respecto á su carácter.

(6) «Fue maior sufridor de trabajos que requeria su edad, porque á maravilla se quitaba las armas ni de dia ni de noche: i quando era necesario tampoco se acostaba, ni dormia mas de quanto recostado en una silla se le cansaba la mano en que arrimaba la cabeza.» Zárate, Conq. del Perú, lib. V, capítulo XIV.

(7) Pedro Pizarro, que profesaba cierta amistad á Carbajal, reasume su carácter en estas pocas palabras. «Era mui lengaz: hablaba mui discreptamente i gusto de los que le oian: era hombre sagaz, cruel, bien entendido en la guerra... Este Carbajal era tan sabio, que decian tenia familiar.» Descubrimiento y Conq., MS.

suya se prohibió que nadie le visitase. Oyóse pasear en su tienda la mayor parte del día, y cuando llegó la noche, habiendo sabido por Centeno que se iba a verificar su ejecución a las doce del día siguiente, se echó a descansar. No durmió mucho, sin embargo: al cabo de un rato se levantó y continuó paseándose por la tienda, como abismado en sus meditaciones, hasta el amanecer. Entonces envió a buscar a un confesor y permaneció con él hasta las doce, tomando poco ó ningún alimento. Los empleados de justicia empezaron a impacientarse; pero fueron reconvenidos ágricamente por los soldados, muchos de los cuales habiendo servido bajo la bandera de Gonzalo, se compadecían de su desgracia.

Cuando salió para la ejecución mostró en su traje el mismo amor al lujo y a la ostentación que había desplegado en mas felices días. Sobre el justillo llevaba una magnífica ropa de armas de terciopelo amarillo bordada de oro, y un sombrero de la misma clase, también adornado de oro le cubría la cabeza (1). En tan vistoso atavío montó en su mula, relajándose el rigor de la sentencia hasta el punto de no

atarle los brazos. Un gran número de clérigos y frailes le escoltaban poniéndole crucifijos delante, y él llevaba en la mano una imagen de la Virgen, a la cual había tenido tan particular devoción, que en tiempo de su prosperidad, los que mejor le conocían cuando iban a pedirle algo, cuidaban de hacerlo en nombre de la bienaventurada madre de Dios.

Frecuentemente aplicaba los labios a este emblema de su divinidad, fijando al mismo tiempo los ojos en la imagen de Cristo con devoción y sin descuidarse al parecer de los objetos que le rodeaban. Subió la escalera del cadalso con paso firme y pidió licencia para dirigir algunas palabras a los soldados que presenciaban la ejecución. «Muchos hay entre vosotros, dijo, a quienes la bondad de mi hermano y la mía han hecho ricos. Sin embargo, de todas mis riquezas nada me queda sino la ropa que tengo encima, y aun esta no es mía, sino del verdugo. Me encuentro, pues, sin medios para mandar decir una misa por el bien de mi alma, y os ruego, por el recuerdo de los pasados beneficios, que cuando muera me hagáis esta caridad, para que os sirva de descargo en la hora



Gonzalo Pizarro marcha al patíbulo.

de vuestra muerte.» Un profundo silencio siguió a estas palabras, interrumpido solamente por el llanto y los sollozos de aquella multitud guerrera, la cual cumplió luego fielmente el encargo de Pizarro, por-

(1) «Al tiempo que lo mataron dió al verdugo toda la ropa que traía, que era mui rica y de mucho valor, porque tenía una ropa de armas de terciopelo amarillo, casi toda cubierta de chapería de oro, i un chapeo de la misma forma.» Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII.

que despues de su muerte se dijeron misas en muchas ciudades para el descanso de su alma.

En seguida, arrodillándose delante del crucifijo que estaba encima de una mesa, permaneció Pizarro por algunos minutos absorto en la oración, y luego dirigiéndose al soldado que debía hacer el oficio de ejecutor de la justicia, le dijo con calma «que hiciese su deber con mano firme.» No consintió que le bendieran los ojos, y doblando el cuello lo entregó a la espada del verdugo, el cual le cortó la cabeza de un

solo golpe y tal, que el cuerpo permaneció algunos momentos erguido como si tuviera vida (1). La cabeza fue llevada a Lima, puesta en una caja y fijada despues en un palo al lado de la de Carbajal. Sobre ella se fijó un cartel que decía: «Esta es la cabeza del traidor de Gonzalo Pizarro, que se hizo justicia del en el valle de Aquixaguana, donde dió la batalla campal contra el estandarte real, queriendo defender su traición a tiranía: ninguno sea osado de lauitar de aquí, so pena de muerte natural (2).» Sus grandes haciendas, incluidas las ricas minas del Potosí, fueron confiscadas; su casa de Lima fue arrasada hasta los cimientos, sembrándose de sal el sitio en que había estado edificada, y poniéndose en él un poste con una inscripción en que se prohibía edificar en aquel lugar que había sido profanado por la residencia de un traidor.

Los restos de Gonzalo no fueron espuestos a la ignominia que los de Carbajal, cuyos miembros colgados de cadenas fueron fijados uno en cada uno de los cuatro grandes caminos que conducían al Cuzco. Centeno salvó también la ropa de Pizarro, rescatándola del ejecutor y le hizo enterrar con su lujoso traje en la capilla del convento de nuestra Señora de la Merced en el Cuzco. Este era el mismo sitio en que uno al lado de otro yacían los sangrientos restos de los Almagros padre é hijo, que habían perecido del mismo modo por mano de la justicia, y debían también su sepultura a la caridad particular. «Todos estos cuerpos fueron depositados bajo la misma losa, dice el historiador con cierta amargura, como si el Perú no tuviese bastante tierra para dar sepultura a sus conquistadores (3).»

Gonzalo Pizarro tenía cuando murió cuarenta y dos años, justamente la mitad que su compañero Carbajal. Era el mas joven de la famosa familia a quien España debió la adquisición del Perú. Llegó a este país cuando su hermano Francisco volvió de su último viaje a Castilla, y se halló presente a todos los grandes hechos de la conquista. Asistió a la captura de Atahualpa, tomó una parte activa en la lucha contra los indios insurgentes, y especialmente en la reducción de Charcas. Despues capitaneó la desastrosa expedición al río de las Amazonas, y finalmente dirigió la memorable rebelión que terminó de un modo tan funesto para él. Hay pocos hombres, cuya vida abunde tanto en aventuras peligrosas y novelescas, y en su mayor parte coronadas de buen éxito. El espacio que ocupa en las páginas de la historia es desproporcionado a su talento. Puede en cierto modo atribuírsele a la fortuna, pero todavía mas a esas brillantes cualidades que suplen a veces el talento mental, y que le aseguraron su popularidad entre el vulgo.

Tenía un exterior brillante: sobresalía en todos los ejercicios militares; montaba bien a caballo; manejaba perfectamente la espada y la lanza; era uno de los primeros tiradores de arcabuz, y añadía a todas estas cualidades el ser excelente dibujante. Era ade-

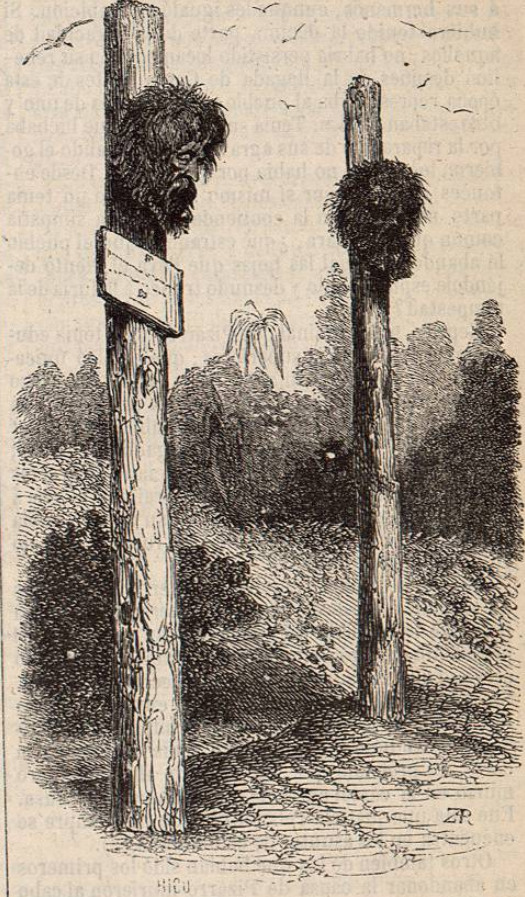
(1) «El ejecutor, dice Garcilaso con un simil mas expresivo que elegante, de un reues le cortó la cabeza con tanta facilidad como si fuera una hoja de lechuga, y se quedó con ella en la mano, y tardó el cuerpo algun espacio en caer en el suelo.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, capítulo XLIII.

(2) Zárate, MS.

(3) «Y las sepulturas vna sola auiendo de ser tres: que aun la tierra parece que les faltó para auerlos de cubrir.» Garcilaso, Com. Real, parte II, lib. V, cap. XLIII.

Para los trágicos pormenores de las anteriores páginas, véanse: Garcilaso cap. XXXIX.—Relacion del Lic. Gasca.—Carta de Valdivia, MS.—MS. de Caravantes.—Pedro Pizarro, Desub. y Conq., MS.—Gomara Hist. de las Indias, cap. CLXXXVI.—Fernandez, Hist. del Perú, parte I, libro II, cap. XCI.—Zárate, Conquista del Perú, lib. VII, cap. VIII.—Herrera, Historia general, dec. VII, lib. IV, cap. XVI.

mas osado hasta rayar en temerario, aficionado a las aventuras arriesgadas y el primero siempre en el peligro. Era en fin un caballero andante en todo el rigor de la palabra, y montado en su corcel favorito, dice uno que le vió muchas veces «no hacia mas caso de escuadrones de indios, que si fueran de moscas (4).»



Cabezas de Gonzalo Pizarro y Carbajal.

Al paso que con tan brillantes hazañas y con tales cualidades cautivaba la imaginación de sus compatriotas, ganaba sus corazones con su marcial franqueza, su confianza en la fidelidad de los demas (confianza de que abusaron demasiadas veces) y su liberalidad; porque Pizarro, aunque codicioso de los bienes ajenos era, como el conspirador romano, pródigo de los suyos. Este es el retrato de su mejor época, cuando los triunfos no le habían viciado el corazón; porque está demostrado que su prosperidad efectuada en él cierto cambio. Su cabeza se desvaneció con la elevación, y el no haber sabido aprovecharse de esta es una prueba de que le faltaba el talento proporcionado a su gloria. Obedeciendo las inspiraciones de su temeridad, desechó los avisos de sus mas prudentes consejeros y confió ciegamente en su destino. Garcilaso atribuye esto a la maligna influencia de las estrellas (5) pero el supersticioso cronista po-

(4) «Quando Gonzalo Pizarro, que aya gloria se vey a su zaynillo, no hazia mas caso de escuadrones de indios que si fueran de moscas.» Garcilaso, Com. Real, parte II, capítulo XLIII.

(5) «Decían que no era falta de entendimiento, pues los

dria haberlo explicado mejor por un principio general de la naturaleza humana, por la presunción alimentada con los triunfos, por la demencia, como dice el proverbio romano, ó mas bien griego, con que los dioses ciegan el entendimiento de los hombres á quienes quieren perder (1).

Gonzalo no tenia otra educacion sino la que habia adquirido en la dura escuela de la guerra. No tenia tampoco mucho de esa ciencia que nace del ingenio natural y del exámen del corazon. En esto fue inferior á sus hermanos, aunque les igualó en ambicion. Si hubiera tenido la décima parte de la sagacidad de aquellos, no habria persistido locamente en su rebelion despues de la llegada de Gasca. Antes de esta época representaba al pueblo: los intereses de uno y otro estaban unidos. Tenia su apoyo, porque luchaba por la reparacion de sus agravios. Pero cuando el gobierno los reparó no habia por qué luchar. Desde entonces combatió por sí mismo: el pueblo no tenia parte ni interes en la contienda. Sin una simpatía comun que les ligara, ¿qué extraño es que el pueblo le abandonase cual las hojas que lleva el viento dejándole espuesto solo y desnudo tronco á la furia de la tempestad?

Cepeda, mas criminal que Pizarro, pues tenia educacion é inteligencia superiores, que empleó únicamente para perder á su gefe, no le sobrevivió largo tiempo. Habia pasado al Perú con un empleo de alta responsabilidad. Su primer paso habia sido hacer traicion al virey á quien estaba encargado de auxiliar; el segundo hacer traicion á la audiencia á cuyos actos debia cooperar; y el último hacer traicion al gefe á quien mas aparentaba servir. Toda su carrera habia sido una série de traiciones. Su vida fue una série no interrumpida de perfidias.

Cuando se rindió, muchos caballeros disgustados de su cínica apostasia trataron de persuadir á Gasca para que le condenase á muerte con su gefe; pero el presidente se negó á ello en consideracion al señalado servicio que con su desercion habia hecho á la corona. Sin embargo fue puesto en prision y enviado á Castilla, donde se le formó causa por crimen de alta traicion. Defendióse bien, y como tenia amigos en la córte, es probable que hubiera sido absuelto; pero murió en la cárcel antes de que terminara la causa. Fue esta una justicia retributiva que no siempre se encuentra en los asuntos de este mundo (2).

Otros tambien de los que habian sido los primeros en abandonar la causa de Pizarro murieron al cabo de corto tiempo. El valiente Centeno y el licenciado Carbajal, que desertaron Cerca de Lima y militaban bajo la bandera real en el campo de Xaquixaguana, murieron un año despues que Pizarro. Hinojosa fue asesinado á los dos años, y su antiguo compañero Valdivia, despues de haber ejecutado en Chile muchas y brillantes hazañas que dieron el mas glorioso tema para la musa épica de Castilla, fue muerto por los invencibles guerreros de Arauco. Los manes de Pizarro quedaron ámpliamente vengados.

Acosta y otros tres ó cuatro caballeros que se rindieron con Gonzalo recibieron tambien la muerte con su gefe; y Gasca, á la mañana que siguió á esta la-

tenia bastante, sino que devia de ser sobra de influencia de signos y planetas que le cegaban y forçaban á que pudiese la garganta al cuchillo.» Garcilasso, Com. Real, parte II, hb. V, cap. XXXIII.

(1) «Ὅταν δὲ Δαίμων ἀνδρὶ ποροῖ κακὰ,  
Τὸν νοῦν ἐβλαψὲ πρῶτον.»

Eurípides, Fragmentos

(2) El astuto legista preparó tan especiosos argumentos para su justificacion, que Illescas, el célebre historiador de los papas, declara que nadie que los lea atentamente puede dejar de convencerse de la inocencia de Cepeda y de su constante lealtad á la corona. Véase el pasaje citado por Garcilasso en su Com. Real, parte II, lib. VI, cap. X.

mentable tragedia levantó el campo y marchó con todo su ejército al Cuzco, donde aquel político pueblo le recibió con el mismo entusiasmo que poco antes habia mostrado á su rival. Allí encontró muchos soldados del ejército rebelde que se habian refugiado en la ciudad despues de la derrota, y que inmediatamente habian sido reducidos á prision. Mandó que se les formase causa: los principales, en número de diez ó doce, fueron ejecutados y los demas desterrados ó enviados á galeras. Pronunciáronse las mismas sentencias rigurosas contra los que habian huido y no habian sido capturados y las propiedades de todos ellos fueron confiscadas. Estos bienes debian servir para recompensar á los leales (3). Parecerá ya demasiada la severidad; pero Gasca queria que probasen todo el rigor de la justicia los que tantas veces habian desechado sus ofertas de gracia. La lenidad era infructuosa con el duro y rebelde soldado que apenas reconocia la existencia del gobierno sino cuando sentia su rigor.

Un nuevo deber llamó luego la atencion del presidente; el de recompensar á sus fieles partidarios, deber, como se vió despues, no menos dificultoso de cumplir que el de castigar á los criminales. Los solicitantes eran muchos, pues todo el que, por decirlo así, habia levantado un dedo en favor del gobierno, pedia su recompensa; y repetian sus demandas con tan importuno clamoreo, que tenían perplejo al buen presidente y le ocupaban todo su tiempo.

Disgustado Gasca de un estado de cosas tan poco provechoso al pais, resolvió librarse de una vez de tales molestias retirándose al valle de Guaynarima, á unas doce leguas de la ciudad, para meditar allí con sosiego un sistema de recompensas proporcionado al mérito de cada cual. Acompañáronle solamente su secretario y Loaysa, entonces arzobispo de Lima, hombre sensato y muy versado en los asuntos del pais. En este retiro permaneció tres meses examinando cuidadosamente las diversas reclamaciones, y señalando las recompensas segun los respectivos servicios. Debe advertirse que por lo general se concedian los repartimientos de por vida solamente, y que á la muerte del poseedor volvian á la corona, la cual podia concederlos á otro, ó conservarlos segun su voluntad.

Luego que Gasca completó su árdua tarea, determinó retirarse á Lima dejando al arzobispo el documento en que estaban consignadas las recompensas para que lo comunicase al ejército. No obstante el esquisito cuidado con que habia procurado hacer una distribucion equitativa, conocia Gasca que era imposible satisfacer las demandas de los envidiosos é irritables soldados, cada uno de los cuales estaba siempre dispuesto á exagerar sus servicios y á rebajar los agenos; y así no quiso esponerse á importunidades y quejas que no habian de servir mas que para incomodarle.

Luego que marchó, el arzobispo convocó á las tropas en la catedral para informarias del contenido de la cédula de reparticion que se le habia confiado. Ante todo se predicó un sermón por el digno dominico prior de Arequipa, en el cual el reverendo padre se estendió en exhortaciones para que cada uno tuviese la virtud de contentarse con su suerte; recordó la obligacion que todos tenían de obedecer á sus superiores y la locura y criminalidad de resistir á los mandatos de las autoridades constituidas; y dijo en fin cuanto creyó que podria inspirar conformidad y buenos deseos á su auditorio.

Leyóse despues desde el púlpito una carta del pre-

(3) Pedro Pizarro, Descub. y Conq., MS. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCI. — Carta de Valdivia, MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. VIII. — Relacion del Lic. Gasca, MS.

sidente dirigida á los oficiales y soldados del ejército. En esta empezaba Gasca manifestando brevemente las dificultades de su obra, debidas á la limitada suma de recompensas de que podia disponer, y al gran número de servicios de los reclamantes. Luego decia que habia examinado el asunto con el mayor cuidado y procurado señalar á cada uno su parte segun sus méritos sin preocupacion ni parcialidad; que habria caido indudablemente en errores, pero que esperaba que sus tropas se los escusarian cuando reflexionasen que habia hecho para evitarlos todo lo que estaba al alcance de su pobre entendimiento; que creia le harian todos la justicia de reconocer que no habia tenido influencia en su ánimo motivo alguno de interes personal. Despues elogiaba con énfasis los servicios que habian prestado á la buena causa, y concluía haciendo fervientes votos por su futura prosperidad. Esta carta estaba fechada en Guaynarima á 17 de agosto de 1548, y firmada simplemente el licenciado Gasca (1).

En seguida el arzobispo leyó el papel que contenia las recompensas concedidas por el presidente. La renta anual de las haciendas que iban á distribuirse ascendia á ciento treinta y cinco mil pesos ensayados (2), cantidad considerable si se atiende al valor de la moneda en aquella época; pero no para el Perú, donde el dinero era el objeto que menos valia (3).

Los repartimientos variaban en valor desde ciento á tres mil quinientos pesos de renta anual; y todos estaban al parecer graduados con la mayor precision segun el mérito de las partes. El número de pensionados fue de unos doscientos cincuenta, porque para dar á todos no habia, ni los servicios de la mayor parte eran dignos de semejante muestra de consideracion (4).

Este documento produjo el efecto previsto por Gasca en aquella gente que habia concebido las esperanzas mas exageradas; y fue recibido con un

(1) MS. de Caravantes. — Pedro Pizarro, Descub. y Conquista, MS. — Zárate, Conq. del Perú, lib. VII, cap. IX. — Fernandez, Hist. del Perú, parte I, lib. II, cap. XCII.

(2) El peso ensayado, segun Garcilasso, valia un quinto mas que el ducado castellano. Com. Real, parte II, lib. VI, cap. III.

(3) «Entre los caballeros capitanes y soldados que le ayudaron en esta ocasion repartió el presidente Pedro de la Gasca 153,000 pesos ensayados de renta que estaban vacos, y no un millon y tantos mil pesos como dice Diego Fernandez, que escribió en Palencia estas alteraciones, y de quien lo tomó Antonio de Herrera; y porque esta ocasion fue la segunda en que los beneméritos del Pirú fundan con razon los servicios de sus pasados, porque mediante esta batalla aseguró la corona de Castilla las provincias mas ricas que tiene en América, pondré sus nombres para que se conserbe con certeza su memoria como parece en el auto original que proveyó en el asiento de Guaynarima cerca de la ciudad del Cuzco en diez y siete de agosto de 1548, que está en los archivos del gobierno.» MS. de Caravantes.

La suma mencionada en el testo es mucho menor de la que citan Garcilasso, Fernandez, Zárate y todos los demas escritores; ninguno de los cuales la hace bajar de un millon de pesos. Pero Caravantes, de quien he tomado esta noticia, copia el acta original de reparticion que se conservó en los archivos reales. Sin embargo, Garcilasso de la Vega debia estar bien informado del valor de estos repartimientos, que segun él, escedian con mucho á la cantidad en que les tasaba el acta. Así, por ejemplo, dice, que Hinojosa obtuvo por su parte de tierras y ricas minas de Gonzalo Pizarro que se le asignaron, una renta anual que no bajó de doscientos mil pesos, al paso que Aldana, el licenciado Carbajal y otros no sacaron de sus estados mas que de diez mil á cincuenta mil pesos anuales. (Ibid., ubi supra.) Es imposible conciliar estas monstruosas discrepancias. No ha habido cantidad excesiva para la credulidad del antiguo cronista, y la imaginacion del lector queda tan aturdida con las riquezas de este Dorado que es difícil ajustar su fé á ninguna escala de probabilidades.

(4) Caravantes traslada del acta original un catálogo completo de pensionados con las rentas asignadas de cada uno,

murmullo general de desaprobacion. Aun los que ganaban por él mas de lo que habian esperado quedaron descontentos, comparando su situacion con la de sus compañeros, á quienes juzgaban mejor remunerados en proporcion á sus méritos. Irritólos principalmente la preferencia dada á los antiguos partidarios de Gonzalo Pizarro, como Hinojosa, Centeno y Aldana, sobre los que habian permanecido siempre fieles á la corona. Algun fundamento habia para esta preferencia, porque ninguno habia prestado servicios tan importantes para sofocar la rebelion, y estos servicios eran los que Gasca se habia propuesto premiar. Dar recompensa, simplemente por su lealtad, á todos y cada uno de los que se habian mostrado leales, habria sido dividir el donativo en fracciones tan pequeñas que apenas hubieran servido de provecho á ninguno (5).

Sin embargo, en vano el arzobispo, secundado por algunos de los principales caballeros, trató de infundir mas conformidad en la multitud. Esta insistió en que se anulase el acta de reparticion y se formara otra sobre bases mas equitativas, amenazando con que si el presidente no les hacia justicia ellos se la tomarian por sus manos. El descontento, fomentado por algunas personas malévolas que pensaban medrar con él, llegó á punto de convertirse casi en motin, y no se apaciguó hasta que el comandante de la fuerza del Cuzco sentenció á uno de los alborotadores principales á muerte y desterró á otros muchos. Los férreos soldados de la conquista necesitaban una mano de hierro para dirigirlos.

Entre tanto el presidente habia continuado su viaje á Lima, siendo recibido en todas partes por el pueblo con un entusiasmo tanto mas grato á su corazon, cuanto que estaba seguro de haberlo merecido. Al acercarse á la capital los leales habitantes le prepararon una magnífica recepcion. Todo el pueblo salió á su encuentro fuera de puertas precedido de las autoridades, con Aldana, como corregidor, á la cabeza. Gasca iba montado en una mula y vestido con sus hábitos de eclesiástico. A su derecha, y sobre un caballo ricamente enjaezado, iba el sello real en una caja con curiosos engastes y ricos adornos. Los individuos del ayuntamiento sostenian sobre su cabeza un brillante pálio de brocado, y ellos iban descubiertos y vestidos de terciopelo carmesí. Alegres cuadrillas de danzantes vestidos con fantásticos trajes de seda de vistosos colores seguian la procesion esparciendo flores y cantando versos en honor del presidente. Cada cuadrilla representaba una de las diferentes ciudades de la colonia, y todos llevaban leyendas ó motes en verso en los sombreros, ponderando su lealtad á la corona, y mostrando (en honor de la verdad debe decirse) mucha mas lealtad en su composicion que mérito poético (6). De este modo, sin toque de tambores, ni ruido de artilleria, ni aparato alguno guerrero, lizo el buen presidente su pacífica entrada en la ciudad de Los Reyes, saludado por las aclamaciones del pueblo que le llamaba Padre Restaurador y Pacificador del pais (7).

(5) El presidente halló un medio ingenioso de remunerar á muchos de sus partidarios, que fue casarlos con las viudas de los caballeros ricos que habian muerto en la guerra. En este arreglo político no parece que se consultase la inclinacion de las interesadas. Véase Garcilasso, Com. Real, parte II, lib. VI, cap. III.

(6) Fernandez ha recogido estas flores de poesia colonial, que prueban que los conquistadores eran mas diestros en la espada que en la pluma. Hist. de Perú, parte I, lib. II, capítulo XCH.

(7) «Fue recibimiento muy solemnemente con universal alegría del pueblo, por verse libre de tiranos; i toda la gente á voces bendecia al Presidente i le llamaban Padre, Restaurador Pacificador, dando gracias á Dios por haver vengado las injurias hechas á su Divina Magestad.» Herrera, Hist. general, dec. VIII, lib. IV, cap. XVII.